



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



En octubre de 1559 el embajador francés en Levante, Monsieur de la Vigne, dejaba Estambul para regresar a Francia, vía Venecia, pero moría en pleno viaje y debió ser atendido su séquito por la república de Ragusa; así lo narra con sencillez el embajador francés en Venecia, el obispo d' Acs –d' Acqs, suelen escribir entonces— en carta al cardenal de Lorena, a la corte del nuevo rey francés Francisco II, recién muerto su padre Enrique II. Es en una carta desde Venecia –10 de noviembre y 18 de diciembre--, que comienza así:

“Monseñor:

Incluyo en el presente despacho una carta que los Señores de Ragusa escriben al rey para darle cuenta tanto del honor y acompañamiento que ellos han hecho en los funerales o exequias del que fue Monsieur de la Vigne, como de la ayuda y favor que sus pobres servidores han recibido de ellos.”

(Está en la p.605 del tomo del repertorio clásico decimonónico de documentos sobre los franceses en Levante de E. Charrière correspondiente al breve reinado de Francisco II, publicado a partir de 1848, y ensayamos su traducción lo mismo que los textos que van a seguir, particular “literatura de avisos” de lo más clásica.)

El embajador d' Acs había recibido en julio la noticia de la muerte del rey francés, por carta del nuevo rey Francisco II, carta que recogemos por su interés retórico mismo, y porque hace alusión a esa conexión de la embajada de Venecia con los asuntos de Levante:

“Señor d' Acqs:

Ha placido a Dios llamar a sí –o a su seno-- al rey, mi señor y padre, después de haberle extremadamente trabajado o afligido con dolores insoportables y los diversos accidentes inevitables de la muerte, a causa de un desventurado inconveniente que le sobrevino, como vos habéis ya entendido por otro despacho precedente que os ha sido enviado.

Pero la divina bondad le ha concedido tanta gracia que --en tal tribulación y aflicción—le ha conservado siempre el espíritu sano y entero, sin dejarle olvidar nada de su salvación, habiendo muerto como un buen y verdadero rey muy cristiano, después de haber recibido todos los santos sacramentos, y habiéndome dejado por testamento, en singular recomendación, la protección y conservación de nuestra santa fe y religión, lamentando infinitamente que él no haya podido, antes de morir, cumplir el deber que se había propuesto de la extirpación de los heréticos sectarios



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



e imitadores de nuevas y reprobadas doctrinas,
lo que él había comenzado a hacer muy bien,
y lo que Dios me concederá la gracia de continuar.
Lo cual yo no perderé o abandonaré, de manera semejante
a todas las otras cosas dependientes del lugar
y de la carga a las que ha placido a la divina clemencia
llamarme.

Que es todo lo que yo tengo que decir por el presente,
si no es que —por esta mutación sobrevenida—
es necesario que no dejéis de mantener lo negocios
de vuestro cargo y negociación en la grandeza y reputación
que la habéis mantenido hasta aquí,
y nos hagáis saber vuestras nuevas o noticias
lo más a menudo que podáis,
dando aviso al señor de la Vigne, mi embajador en Levante,
de este desgraciado infortunio sobrevenido.
Y como hemos despachado a Dolu u otro
a fin de relevarle de allí —de Estambul—
y hacerle entender lo que habrá de hacer,
rogando a Dios, etc.

En París, le día 12 de julio 1559, Francoys. Duthier.”

(Ib.pp.595-596.).

Desde la salida de Estambul del embajador de la Vigne —en octubre de 1559— hasta la llegada de Jean Dolu a la ciudad —a fines de abril de 1560—, los asuntos franceses los llevó el dragomán Vincent Justiniano, en conexión con el embajador d’Acs. En estos meses Charrière reseña un vacío documental en la negociación de Levante, y en nota (p.605) recoge un fragmento de cuatro años después, de uno de los sucesores de de la Vigne en Estambul (Petremol, 8 de diciembre de 1563), en donde intenta reconstruir las verdaderas intenciones del embajador muerto en Ragusa:

“Desde que la feliz memoria del rey Enrique
hubo acordado la paz con el rey de España (Cateau-Cambresis, 1559),
esta inteligencia y amistad (con Turquía)
que por el momento parecía tener algún fundamento,
comenzó a disminuir y enfriarse,
no tanto en el corazón del Gran Señor
como en el de sus principales ministros,
por el miedo que tenían de que su majestad
uniera sus fuerzas con las de España contra ellos
por la justa indignación que él pudiese concebir
de haber sido abandonado por su armada
en el momento más fuerte o peligroso de sus negocios y guerra.
Monsieur de la Vigne —interviniendo también la muerte



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



del rey Enrique— se decidió a ir a Francia, con la intención de volver aquí (Estambul) para articular –o fijar capitulaciones— con el Gran Señor y concretar –o fijar—lo que el rey debía esperar de esta amistad. Pero, sintiéndose golpeado o amenazado por la muerte, cambió de consejo u opinión y fue del parecer que el rey no debía hacer más cuenta de esta negociación. Teniendo –como yo creo— cierto remordimiento de conciencia y acordándose de la piedad que había sentido al regreso de la última armada a Constantinopla de tantos pobres cristianos hechos esclavos y tratados inhumanamente.”

Del fondo de Turquía del ministerio de Asuntos Exteriores francés, extrae Charrière también una pequeña noticia sobre este embajador muerto en el regreso de su misión: “M. de la Vigne murió en el camino, rico de 60.000 escudos, e hizo a la duquesa de Saboya su heredera en detrimento de sus parientes”. El señor du Plessis, secretario del embajador de la Vigne, fue el correo que había de llevar a París estas últimas noticias y el que habría de informar de viva voz en la corte francesa sobre los asuntos de Levante en aquella coyuntura.

Era aquel un momento importante para Europa y para su frontera mediterránea en especial, con esa transición tanto en España como en Francia tras la batalla de San Quintín (1557), la muerte de Carlos V y de María Tudor, reina de Inglaterra y esposa de Felipe II, en el otoño de 1558, la del rey de Francia ahora -en 1559--, e incluso a finales de verano la elección de nuevo dux en Venecia, Jerónimo Priule --“Priolus”--, por muerte del anterior. También se puede hablar de conflictiva transición en Turquía, pues la cuestión sucesoria se estaba planteando de manera dramática con el enfrentamiento entre los dos hijos de Solimán el Magnífico, sultán Selim y sultán Bayaceto.

Sobre esta cuestión sucesoria turca, precisamente, había informado el embajador de la Vigne al obispo d’Acs a Venecia en el mes de julio –cartas de 17 y 31 de julio de 1559, reseña Charrière--, asunto tratado con mayor o menor amplitud por todos los informadores del momento, una de las noticias obligadas en aquella “literatura de avisos”. Son las últimas cartas con amplia información de de la Vigne, antes de su regreso y muerte en Ragusa. Ensayo la traducción –en nota en pp. 396-399 de Charrière— de estas noticias / avisos de Levante, por su viveza, que va al final en apéndice.

Es precisamente la crisis sucesoria turca la que debió animar al nuevo virrey de Sicilia, el duque de Medinaceli, a planear una expedición a Berbería, cuyos preparativos ya se captaban en Estambul y hace alusión a ellos el embajador francés, pues los turcos temen que los franceses se unan a esa expedición con sus fuerzas, por la nueva amistad con el rey de España. En esta situación tan delicada –los venecianos decidieron fortificar más aún Corfú, por ejemplo--, es interesante la última carta que le escribe d’Acs a de la Vigne –Venecia, 7 de agosto de 1559--, antes de que éste obtuviera permiso de regreso a Francia, cuya comunicación recogeremos a continuación.



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



He aquí la carta del obispo d'Acs a monsieur de la Vigne, que comenta también la reacción y precauciones de Venecia, que meditó mucho sus pasos con reuniones y reuniones del Consejo de Pregay, encargado de asuntos tan delicados como estos.

“Monsieur: habiéndoo advertido —el 19 del pasado (mes de julio)— de la extraña y lamentable fortuna que nos ha sobrevenido de la muerte del que fuera rey (Enrique II) y de los medios que me han parecido —a propósito de hacérselo entender al Gran Señor y a su Bajá— para la confirmación y entretenimiento de la amistad y buena inteligencia entre el rey, nuestro nuevo amo, y su alteza, sólo me queda decir que —sobre la notificación que estos señores (Venecianos) han hecho— reunieron muchos (Consejos de) Pregay, y votaron y volvieron a votar en asamblea para saber si ellos debían darla a la Puerta por muy mala noticia, como hicieron con aquella de la paz.

En lo cual ellos se han resuelto tan bien que he entendido que han ordenado o sugerido a su Bailo (comunicar al Gran Señor) *que si las condiciones de la dicha paz fueron desventajosas para nosotros --como ellos ya han dicho--, que esta muerte tan inesperada nos ha sido tan perjudicial y de tal ruina para el reino que el rey Felipe no tuvo jamás tal medio de hacerse grande como ahora, y lo mismo por el lado de Italia: queriendo por ello talmente rebajar nuestra fuerza y potencia que ellos querrán de buena gana hacerles creer que ella no será suficiente para impedir y oponerse a los designios o proyectos del dicho rey Felipe, si él quisiera tomarla con el Gran Señor y sus Estados. Y que ellos, que son además vecinos tanto del dicho rey Felipe como del Gran Señor, serán mucho más útiles amigos para servirse y prevalerse de ellos y de sus fuerzas y medios, los cuales yo pienso ellos no están por ofrecerles y presentarles o regalarles.*

Lo mismo que yo no tengo duda de que —sobre esta ocasión— ellos no hagan aún por intentar recuperar el crédito y favor que han tenido en otros tiempos en su punto, y desconcertarnos, si pudiesen. Cosa que estoy seguro que vos sabréis muy bien rechazar,





La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



siguiendo los buenos pasos que ya habéis dado,
de manera que aquellos y éstos que tienen envidia
de esta amistad y buena inteligencia
se encuentren confundidos y se echen para atrás en lo que desean.

Y a fin de no olvidarme de nada, he tenido a bien deciros
--no en forma de instrucción, sin embargo,
sino solamente a manera de aviso—
que debéis hacer entender al Gran Señor
—seáis buscado para ello o no—
que *si el bien, provecho y ventaja que esperamos de tal paz
no sea, por el presente, en apariencia,
es no obstante de tal esperanza y consecuencias para el reino
--por las cosas que aún no se pueden ver
y que aún serán por un tiempo tenidas en secreto—
que todos los amigos y aliados de éste tenderán ocasión
de alegrarse y contentarse.*

Y en el caso en el que no encuentren ahí todo su contentamiento,
es preciso que *no se fijen sino en él mismo (Gran Señor),
que nos abandonó en lo más fuerte o árduo de nuestros negocios.*

En cuanto a la muerte del que fuera rey (Enrique II)
podréis decir que *ciertamente es pérdida que no se puede
dejar de llorar y lamentar demasiado,
tanto por la bondad, virtud y clemencia de un tan grande príncipe
como por el daño que recibe con ello toda la cristiandad.
Pero que no ha venido, por tal mutación, ningún cambio ni alteración
en los negocios de dicho reino;
pues si la fuerza y potencia no se puede, por semejantes accidentes,
jamás debilitar ni disminuir,
tanto menos puede hoy suceder eso pues Dios
--que nos ha concedido su hijo para rey (Francisco II)—
le ha hecho de la misma manera suceder en su bondad y virtud.
De la cual ya ha hecho tal prueba y apariencia
que --si nosotros debemos agradecerle mucho el habernos proveído
de un tan buen príncipe—nos debemos sentir aún más felices de ver
cerca de él ministros y consejeros tan raros y virtuosos,
por consejo y conducta de los cuales él provee sabiamente a todo.”*

Poco después de recibir esta carta de Venecia, sin duda, monsieur de la Vigne debió decidir su viaje de regreso, y así lo explica en su última y breve carta desde Estambul al embajador d'Acis en Venecia, de 10 de septiembre de 1559:

“El martes último besé la mano al Gran Señor para pedir mi licencia,





La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



y ya estaría en camino para ir a encontrarme con el rey (Francisco II) si no fuera porque una parte de mi gente está enferma.

Bayaceto, con certeza, se ha puesto a salvo en Persia con sus hijos. Aquí hay gran discusión sobre si el Sofi lo devolverá o no, o si él mediará o terciará para hacerle hacer la paz con su padre.

Yo me iré mañana o pasado mañana, pues es ya tiempo. Pero esto no es sin gran escándalo de éstos, que —por otra parte— se encuentran más impedidos que estuvieron nunca a causa de sus negocios o asuntos domésticos.

Y son nada menos que tan altivos, ignorantes e insolentes que hoy han metido en prisión al embajador del Emperador porque no ha querido nunca recibir ni enviar a su amo los artículos de la paz contra ellos de la manera que el Gran Señor los había propuesto y acordado.

Y tengo por cierto que el año que viene el Gran Señor hará campaña o campo militar de Hungría y la guardia o defensa de Transilvania.”

De manera simultánea a esta carta de Monsieur de la Vigne, el embajador en Venecia d’Acs escribía al cardenal de Lorena a la corte francesa una carta muy significativa sobre los preparativos del regreso de dicho embajador en Estambul, también significativa de aquel tiempo de transición —fechada en Venecia, 11 de septiembre y 14 de octubre--, que avisaba así:

“Monseñor:
 estos Señores (Venecianos), después de muchas intrigas y parcialidades que —durante siete días que estuvieron encerrados— han tenido entre ellos para la creación o elección del nuevo Duque o Dux, han nombrado o elegido al hermano del difunto, llamado Jerónimo Priolus, al cual publicaron y portaron por la plaza de San Marcos con las ceremonias y esplendidez acostumbradas.

Yo he comunicado a estos Señores la partida de Monsieur de la Vigne de Constantinopla y he demandado de ellos una galera para su pasaje, lo cual me han acordado gustosamente.

Lo mismo que ellos han rehusado, algún tiempo atrás, a los ministros del rey Felipe a causa de la toma de una nave turquesca





La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



que un galeón del Virrey de Sicilia
ha hecho en el Golfo de estos Señores,
al cual ellos persiguieron hasta dejar su presa;
y después han declarado explícitamente que --perteneciéndoles
en propiedad el dicho Golfo--,
querían hacer restitución a quien correspondiera,
en cuanto a la dicha nave,
tanto de los turcos como de las ropas o mercancías
que allí se encontraron.”

La última carta del embajador Monsieur de la Vigne —en pleno viaje, pues fechada en Chervissa, a 20 de octubre de 1559— está dirigida al nuevo rey francés Francisco II y pudiera considerarse una breve conclusión personal sobre los asuntos de Levante:

“Sire:
después de haber despachado a Yversin
al que fuera rey vuestro padre,
en lugar de la noticia de mi revocación recibí las de su muerte,
que me fueron tan inopinadas y crueles
que desde entonces no me siento bien.

En el despacho de dicho Yversin, cuando hablo de
que el rey mi amo será siempre amigo del Gran Señor,
metía ahí las condiciones
a fin de que su majestad estuviese siempre libre
de poder honestamente abandonar cuanto le pareciera bien.

También, porque a mi vuelta a Francia la dicha su majestad
tuviese ocasión e hacer o fijar algunos artículos de esta amistad.

Esto es lo que, en el comienzo de vuestro reinado, Sire,
me ha llevado a tomar licencia del Gran Señor
para regresar con diligencia
a fin de que vos y vuestro consejo
pudiesen bien ver y considerar los medios de entretener
esta dicha amistad.

O si os es más útil dejarla,
a contentamiento de todos los cristianos,
lo mismo de los alemanes o del Emperador,
con los cuales, por este medio,
vos podríais más seguramente acomodar
las cosas de Metz, Thoul y Verdun
y atender por ventura mejor a vuestras necesidades



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



que con estos perros bárbaros
que son los más insolentes del mundo
y se merecen ser bien apaleados.
De todas las maneras, Sire,
vos y vuestro consejo avisaréis en esto.

No obstante, he dejado un lugarteniente en la Puerta,
llamado messire Vincenzo Justiniano,
hombre de bien y muy aficionado a vos,
a (sueldo de) tres escudos por día,
el cual comienza a primero de octubre,
el cual le mantendréis mientras haga el servicio.

Recibida la presente,
soy del parecer que vos le hagáis un despacho
a la espera de la conclusión que hayáis tomado
sobre el hecho de esta amistad:
escribiendo al Gran Señor que *mientras vuestro embajador
llega a encontraros y rendiros cuenta de su cargo,
vos habéis diferido escribirle.
Pero habiendo entendido
que se había detenido por enfermedad en el camino,
vos habéis querido no obstante enviar la carta que vos le escribís
al lugarteniente de vuestro embajador allí, messire Vincenzo,
por el cual él entenderá vuestra voluntad.*

Y vuestra majestad escribirá al dicho Justiniano
que *no negocie nada hasta que vos le advirtáis más ampliamente.*”

Ya sabemos lo que pasó con el embajador de la Vigne, su muerte en Ragusa y el envío a Constantinopla, finalmente, de Jean Dolu, que no llegó allí hasta abril de 1560, en plena campaña naval del virrey de Sicilia sobre la costa tunecina, que iba a terminar en el desastre de los Gelbes para los hispanos. El embajador francés en Venecia, el obispo d’Acs, ya conocida la muerte de de la Vigne, escribe al cardenal de Lorena a la corte francesa –Venecia, 10 de noviembre y 18 de diciembre, pp.605-608 del Charrière— con un estado de la situación en aquellos meses finales de 1559, ya la armada del virrey de Sicilia, con los Doria genoveses y las naves napolitanas, camino del Magreb, vía Malta. Con esta carta cerramos esta antología o flor documental.

“Monseñor:
incluyo en el presente despacho una carta
que los Señores de Ragusa escriben al rey para darle cuenta
tanto del honor y acompañamiento que ellos han hecho
en las exequias del que fue Monsieur de la Vigne,
como de la ayuda y favor



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



que sus pobres criados han recibido de ellos.

Estando el Señor du Plessis, secretario de Monsieur de la Vigne, portador de la presente, solamente os diré que --habiendo entendido de él cómo el que fue señor de la Vigne, en sus últimos días, le había encargado decir al rey que él era del parecer o aviso que su majestad debería abandonar la amistad e inteligencia entre ella y el Gran Señor— he encontrado este lenguaje tan contrario y alejado del que él mismo tenía, cuando estaba vivo, y tantas veces había escrito al que fuera rey (Enrique II), así como en las demostraciones y efectos o hechos que se habían sucedido.

Que si lo cual es cosa que su majestad tuviera intención de hacer, me parece que, por lo menos, ello no lo debiera cortar tan en seco que primeramente no lo tuviera muy claro en relación con los agravios o disgustos del tiempo por venir. Pues, además de que la sospecha que los príncipes cristianos han tenido en otras ocasiones cesa al presente por la reconciliación de Sus dos Majestades, la continuación de aquella servirá por lo menos para procurar, por medio de su embajador, una paz o tregua entre el rey católico (Felipe II), o cualquier otro príncipe que fuese, con el dicho Gran Señor si ellos la quisiesen volver a buscar, o que se viesen obligados por la inferioridad de sus fuerzas ante las suyas.

Y cuando, el que aquella --su majestad— mantendrá en adelante bien como embajador, bien como agente, no haga nada más que procurar o gestionar la libertad de tantos pobres esclavos --e incluso de una infinidad de franceses que su alteza (el Gran Señor) ha acordado al dicho que fuera señor de la Vigne--, en ese caso sería este un acto que --más allá del beneficio particular— se encontraría tan digno de un príncipe muy cristiano que aparecería para todo el mundo como acrecentamiento del honor de un tan gran príncipe.

Para cuyos negocios esta negociación me parece de tal importancia, que --además de la envidia que los ministros de dicho rey católico (Felipe II) han hecho aparecer siempre allí y el deseo que muestran en establecer una para su amo— yo quiero creer





La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



que si su majestad envía persona de conducta o mando y experiencia, éste podrá allí, puede ser, descubrir ocasiones muy contrarias a la opinión del que fuera señor de la Vigne.

El señor du Plessis, sabiendo en qué paso han quedado los negocios de allá a causa de la partida y muerte del señor de la Vigne --que se descargaba sobre él la mayor parte de su carga--, si os place hacer elección de él, comparecería allí con más gravedad y suficiencia que Dolu.

Vos podréis estar seguro de tener allí un embajador que no os costará apenas más que un agente, y por ello los turcos se encontrarán satisfechos de la calidad del hombre y el rey lo será del hombre y del gasto.”

La opinión del embajador francés en Venecia, el obispo d’Acs, aparece clara en esta carta a su rey: a pesar de que parece que el embajador muerto de la Vigne había mostrado su parecer contra el mantenimiento de paz e inteligencia con el Gran Turco, d’Acs opina que es conveniente mantener un buen embajador en Estambul, e incluso recomienda para ello al que fuera secretario de de la Vigne, el señor du Plessis, con más experiencia y carácter que el designado para sustituirle, Jean Dolu.

APÉNDICE:

El último informe extenso del embajador De La Vigne sobre la guerra civil turca entre Selim y Bayaceto, en el verano de 1559, con la falsa noticia de la captura de Bayaceto en el valle georgiano de los mil caminos.

“Bayaceto, habiéndose rehecho y reforzado --después de la batalla perdida—con alrededor de quince o dieciséis mil caballos, ha vuelto a tener esperanzas --con el gran favor que él tiene de todos los esclavos—de poderse mantener contra las fuerzas que el Gran Señor ha enviado a su hermano Selim, o al menos poder retirarse con seguridad, a pesar de los beglerbeis y sanjacos que mantienen los pasos a las fronteras de este imperio en cualquier lugar en el que pueda esperar mejor ocasión para sus designios o proyectos.



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



Lo cual habría fácilmente logrado si el dicho Gran Señor no hubiese intervenido; el cual, para ganarse la voluntad de los dichos esclavos para el susodicho Selim, le ha enviado mil quinientos miles –sic, “quinze cents mille”—de ducados para hacerle un donativo en su propio nombre, habiéndole hecho lugarteniente general de toda Asia, con plenos poderes para dar y “oster” –dotar?-- los estados y oficios y aumentar el sueldo a cualquiera como bien le pareciere, cosa poco acostumbrada entre estos Otomanos. Lo cual ha tanto debilitado y empeorado el partido del pobre Bayaceto, y ha adelantado tanto su ruina, que de hora en hora o por momentos no esperamos más que la noticia de que sus gentes hayan sido hechas pedazos y él mismo estrangulado con todos sus hijos o apresado para ser llevado a su padre; lo cual será “il mal anno” (sic) para todos aquellos que se encuentre que lo hayan favorecido.

Si Dolu viene pronto, yo iré para contaros el fin de esta peligrosa guerra civil. La cual es de tales consecuencias para la conservación o total destrucción de esta tiránica dominación, que me maravilla grandemente que a los que atañe no lo hayan querido bien considerar, o bien para desdicha de toda la cristiandad o bien por algún otro secreto suyo y ambicioso plan o designio. Yo tengo aquí dificultades bien fuertes para responder a la escasa buena voluntad que ellos dicen que el rey les muestra por no haberles advertido sobre la armada que el rey Felipe prepara contra ellos.

Vuestro magnífico Cavallo --¿embajador veneciano Cavalli?)— está todavía tan avergonzado y despechado por la liberación de los esclavos que Yversin os ha llevado que desde entonces no se le encuentra ni en misa ni en otras partes como él tenía por costumbre.

Si mis paños –ropa o mercancía-- hubiesen venido dos meses antes y se hubiesen ajustado a los colores tal como yo había pedido, después de haber pagado todas estas desagradables deudas hechas aquí, yo me hubiera embolsado diez mil buenos escudos. Por lo menos, espero hacer de suerte que de una infinidad de buenas gentes a quienes se les debía, no haya uno que no quede contento;



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



y que no puedan más, en lo sucesivo, blasfemar del nombre del rey, como han hecho, lo cual no será poco para el servicio de su majestad, así como el haber vuelto a poner las cosas en su sitio, con el honor y reputación con que las dejaré.

El sexto día de este mes, el día del Bayran, estando Selim acampado a una jornada de Bayaceto y ocupado él y su campo o campamento en las ceremonias de la fiesta, el dicho Bayaceto --viéndose muy inferior para poder combatir de nuevo y en peligro de ser cercado, y desgraciada y desagradablemente apresado y muerto él, toda su gente y sus hijos-- , decidió retirarse o, mejor, huir.

Y --no obstante las grandes fuerzas que habían sido puestas en todas las fronteras para guardarlas-- intentar si pudiesen pasar a Armenia, Mesopotamia, Babilonia, Egipto o más allá. Y por ello, alrededor de las dos de la noche --abandonando sus hijos más pequeños con todas sus mujeres y familia menuda--, hizo partir los tres de mayor edad con una de sus principales esclavas --según yo creo, madre de algunos de ellos-- acompañada de cuatro mil caballos, por el camino de Edrum. Y al día siguiente --o, como algunos dicen, tres días después-- él mismo, sin que la gente del dicho Selim se apercibiese, con otros seis mil que le habían quedado, los ha seguido.

Todo lo cual ha turbado tanto a este pobre Señor y a toda esta Puerta que es imposible ver a gente más asombrada de lo que ellos lo están, viendo claramente la ruina de este reino si los cristianos, con esta ocasión, se quisieran emplear a fondo; y que la fortuna ha favorecido tanto al dicho Bayaceto al retirarse a un lugar donde con seguridad piensa recuperarse de hombres y de dinero; lo cual le será bien fácil por el deseo de novedades que toda esta canalla muestra, el menosprecio en el que Selim ha caído y el gran favor que el dicho Bayaceto a adquirido entre todos los esclavos.

El cual es tal que ya públicamente comienzan a decir: --<¡Viva --sea salva-- la cabeza de Bayaceto, nuestro señor!>

El dicho Selim, conocida la huida de dicho Bayaceto, ha hecho montar a caballo a dos mil jenízaros --cosa nunca antes acostumbrada y de mal augurio para ellos--, acompañados de otros veinte mil hombres





La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



de los más bravos que pudo escoger en todo su campo o ejército,
para perseguirle por las huellas o tras sus huellas.
Pero la mayoría cree que si los beglerbeis que son sobre el terreno
no lo remedian, el dicho Selim perderá la partida sin más.

Esperamos aquí con gran preocupación el fin de esta tragedia.
De la cual no puedo por más que maravillarme,
tanto porque aquellos quieran ser más bien atentos espectadores
como porque en el argumento de ella no quieran ser actores
de un más útil y deleitable poema,
asegurándoos bien de que jamás tendrán más gran silencio
ni escenario más a propósito.

El Bajá me ha enviado a decir
que *por dos o tres sitios ha sido advertido*
de que las galeras del rey se han juntado con las del rey Felipe,
que se preparan para ir a Argel o a Trípoli.

A lo cual he respondido que *si eso fuera cierto*
sería una muy mala nueva para ellos,
pero que yo no lo creía en absoluto;
y que los reyes de Francia han tenido por costumbre
no embaucar en absoluto a sus amigos y confederados
y ordenar abiertamente dejar la amistad de los que no la quieren,
y hacerles la guerra con mayor y más formidable dotación
que treinta o cuarenta galeras,
como aquellos que desde hace mil o mil doscientos años para acá
han tenido negocios con ellos han conocido bien y experimentado.
Y que estaba muy equivocado si pensaba
Tener un más seguro y más útil amigo.

He ahí en dónde estoy y las sospechas o recelos
en que los envidiosos intentar meternos.

Están armando aquí aún diez o doce galeras
para enviarlas con toda diligencia
--con las quince que están en el mar Mayor—
como suplemento para la armada,
bajo el mando de Ali Portuc, sanjaco de Rodas,
que ha sido hecho capitán de cuarenta
y compañero de este beglerbei del mar,
para su gran vergüenza y confusión.

Yo he liberado una fusta francesa de quince bancos,



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



con treinta y tres hombres,
que había sido presa viniendo de Trípoli,
y espero liberar también a todos los esclavos franceses
que se encuentren, además de esto;
lo cual me será de gran contentamiento,
como también el haber asegurado el viaje de Jerusalén
a todos los pobres peregrinos que allí quisieren ir
bajo la protección de Francia.

Se dice que en cinco o seis días el Señor
levantará su campo de Calcedonia para ir más adelante en Asia
a fin de poner orden en sus negocios desde más cerca
y a los disturbios que Bayaceto le podrá causar,
lo cual será para mi un gran daño por los gastos que convendrá hacer
para ir a tomar mi licencia o permiso y negociar mi partida,
si en el entretanto quien debe venir no hubiera llegado.

Justo ahora acaban de advertirme o avisarme de que
estando entrando Sultán Bayaceto
en el valle que llaman de los Mil Caminos,
en la Armenia menor, para ponerse a salvo
en el país de los Iberianos, por otro nombre Georgianos
--perseguido por diversos lugares por Selim su hermano
y por todos los beglerbeis de Asia,
y a la espera de su paso una partida de dichos Iberianos
que son de la devoción de este Señor--,
ha sido por fin cercado y apresado vivo.
Y que por mandato de su alteza será conducido a Bursia
y allí estrangulado con todos sus hijos.

Lo cual será un calamitoso y miserable suceso o resultado
para una tan magnánima empresa que él había
--más bravamente que sabiamente—comenzado,
según las ocasiones que él ha dejado pasar
para la poder llevar a fin;
y una cierta seguridad para el dicho Selim
de la sucesión de este imperio,
la cual bien poco podía esperar él
si el dicho Bayaceto se hubiera podido retirar seguro
en algún lugar para tomar aliento.

Por lo menos, la disputa entre estos dos ha sido
tan cerrada y peligrosa que los cristianos
han tenido más largamente tiempo y comodidad



La muerte del embajador francés De La Vigne, en el viaje de regreso de Constantinopla el otoño de 1559.



para hacer bien sus tareas;
que han dejado perder este año, por desgracia,
por lo que tengo miedo que no la recuperarán jamás.
Atreviéndome a deciros que si es verdad
que el dicho Bayaceto ha sido apresado
--y según el semblante que yo veo en estos--,
los artículos que hayan sido ya escritos o redactados,
enviados y que falta poco para ser acordados de una parte y otra,
no tengo buena opinión de la paz entre este Señor y nuestro emperador,
ni que ella pueda durar mucho.”

FIN

(traducción y juegos, E.Sola)

